

# EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sábado 29 de Abril de 1922

Número 17.

HEMEROTECA  
MUNICIPAL

## EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL  
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta obra, con el 25 por 100 de rebaja.

## De jueves á jueves

El Alto Comisario en Marruecos ha dispuesto que se trate con el mayor rigor á los periodistas que desde aquella zona publiquen noticias que parezcan inconvenientes á aquel alto mando.

No se le puede discutir el derecho á hacerlo. El comandante de una plaza gravemente amenazada (esta viene á ser la situación de nuestra zona de Marruecos aunque nos dé dolor y un poco de vergüenza decirlo) tiene todos los derechos sobre quienes están en el recinto que él tiene la obligación de defender. Y hasta me avengo á reconocer que puede ser inoportuna la excesiva solicitud con que los periodistas satisfacen pequeñas curiosidades de su público y pequeñas vanidades de sus periódicos, aunque es achaque del tiempo que la Prensa procure disimular tras el fárrago de una información copiosa la cobardía de no opinar abiertamente en asuntos esenciales para España.

Viendo los artículos del Código con que se amenaza á los periodistas, me parecen algo aparatosos y no del todo ajustados á la experiencia; porque se habla en ellos de facilitar información directa ó indirectamente al enemigo, y no recuerdo, á decir verdad, qué trabajos periodísticos pusieron á los moros en antecedentes allá por Agosto del año pasado de que la mala organización y la incompetencia hacían indefendibles las posiciones de Melilla, y de que una culpable confianza las tenía por aquellos días en trance de mayor inseguridad aun. Pero dejemos esto.

Efectivamente, la Prensa tiene otras

cosas que hacer; los periodistas otra ocupación que la de recoger pequeños episodios que no pueden alterar la situación en lo esencial. Con lo que se sabe (que ya es bastante, y sobra) pueden decirse cosas muy sustanciosas; hasta el extremo de que puede asegurarse que el periódico importante, y serio y digno, es el que todos los días se queda en las redacciones, en conversación de camaradas, en apóstrofes que no llegan á la imprenta. Y esto en periódicos de todos los matices, sin excepción. Cada cual tiene una verdad, su honda verdad que decir. ¿Qué privilegio resistiría el tremendo empuje?

Pero esa verdad no se imprimirá nunca. Hay un síntoma desolador: Ahora claman contra el Alto Comisario porque ha tocado á la Prensa en lo que ella, equivocadamente y con una sensibilidad extraviada, cree que es su entraña. Hace unos días bastaron unas cuchufletas para contestar á un ministro que se atrevía á pedir silencio acerca de la política marroquí y dividía los menguados comentarios en derrotistas y no derrotistas, en patrióticos y no patrióticos. Triste es que algún día pueda pensarse que los periódicos españoles apenas ven en la guerra de Marruecos otra cosa que un suceso interesante que es necesario publicar mejor y con más amenidad que el vecino, sin reparar en gestos.

Ayer miércoles dió el conde de Romanones en Sevilla una conferencia sobre Marruecos. Nunca se puede decir con más verdad que el conde nos ofrece el oro y el moro. Repatriación de fuerzas, incremento de la acción civil, rearme de los gastos con la explotación sistemática de las riquezas de la zona.

El plan es excelente, y de nuevo me trae á la memoria qué bien sienta á nuestros políticos la oposición. Tan lo creo así, que para mí sería de desear que todos estuvieran en la oposición siempre.

Pero ¡ay! que no puede por menos de desilusionarme recordar que el conde, maldito si hizo nada en ese camino cuando fué poder, y saber que se anda en ciertos cabildes é intriguillas para formar un gobierno que habia de llamarse de capacidades, ó quien sabe si algo más feo aun; y que vendría á ser como esas labores de retacitos que hacen las viejas en los pueblos con lo que á ellas las sobra y con lo que le dan las amigas, y en las que pa-

ra un pedazo que haya en mediano uso, hay nueve de desecho y pasados de moda.

Pero el conde, con tal de que no vengan al gobierno los de la concentración liberal, es capaz de venderse al diablo, que está ahora escondido para no inspirar sospecha en varones tan piadosos como Gabrielito Maura y Ossorio y Gallardo.

Nuestros prohombres llegan ya en su convencimiento de que la política que ellos fabrican y manejan es una cosa despreciable, hasta el extremo de declararlo. Romanones, antes de su conferencia, se ha hartado de repetir que no iba á hablar de política. ¿Qué querrá decir política para el conde de Romanones?

Cuenta la historia, que cuando el comandante Rivero (que ha muerto ahora pobre y abandonado) durante los sucesos de Cartagena fué detenido por la escuadra alemana, como el comodoro Weverni lo tratase de pirata en nombre de España, contestó él: «Pirata, no; hombre político, sí.»

Por lo visto en los tiempos actuales, un ciudadano honorable haría la rectificación contraria si se encontrase tachado de hombre político.

## Los buenos y los sabios

¿Carecemos verdaderamente de una aristocracia intelectual? ¿No tenemos sabios, investigadores, artistas, críticos? Sin duda, desde el punto de vista de la especialización y de la técnica, es mucha la distancia que nos separa de otros países. Pero los especialistas y técnicos, ¿son una aristocracia intelectual? Las burguesías que condujeron á Europa á la catástrofe de 1914, ¿eran verdaderas aristocracias intelectuales? ¿Qué hicieron ante la espantosa conflagración las minorías selectas de los diferentes países? ¿Tuvo el espíritu, ante la violencia y el odio, ante la destrucción y la muerte, encarnación en algún hombre superior, de rango apostólico, en cuya palabra fulgurara la conciencia humana? Y ahora mismo, á través de las mezquinas discusiones y misérrimas regates de conferencias y asambleas internacionales, ¿hay quien sea capaz de vislumbrar aristocracias rectoras de pueblos? ¿Dónde están los genios? ¿Dónde están los hombres cuya mirada se dirija á la eternidad por encima de las cumbres más altas de la Historia?

En todos los países se advierte, en esta hora de achataamiento, la falta de hombres-guías. En todos los horizontes, tras el crepusculo sangriento, de un gris entre cár-



deno y violáceo, se han apagado las brillantes constelaciones y reinan las tinieblas. Si no brilla la antorcha de Europa, tampoco luce el faro de América. Y á punto de extinguirse las llamaradas rojas del gran incendio ruso, una sombra espesa envuelve los destinos humanos. Los viejos estatistas van el cortejo de sabios, de técnicos, de artistas incapaces de renovarse, agotados por la aridez moral de la época, de poetas que se avergüenzan de su lira...

Cuando oímos hablar en España de la necesidad de una aristocracia intelectual, no podemos menos de experimentar cierta tristeza. ¡Ojalá tuviéramos, en efecto, una verdadera aristocracia intelectual! Nosotros, democratas, nos descubrimos respetuosamente ante todas las superioridades; tenemos una capacidad de admiración sin límites, y una propensión nativa á destacar, sobre los defectos del prójimo, sus méritos y virtudes. Sentimos una religión y veneración por las grandes vilas, nobles é ilustres, que han ido formando con ideas y emociones nuestro tesoro espiritual. Pero con el sabio buscamos, ante todo, al hombre. Y en el hombre, la cordialidad, la emoción, la fuerza efusiva, contagiosa, del sentimiento, la bondad, en suma. Un sabio puede ser un malvado y hacer mucho daño con su ciencia; puede ser un egoísta, y resultar estéril á pesar de su sabiduría. Cada día nos inclinamos más á estimar á los hombres por sus cualidades morales con preferencia á todo.

¡Una aristocracia intelectual! Aquellos africanos de 1808 eran, á lo que parece, en su mayor parte, una aristocracia intelectual; pero ¿eran una aristocracia moral? Aquellos grandes escritores del siglo XVII, cuyo servilismo puede perdonarse en gracia á las maravillas de su talento, eran, sin duda, una aristocracia intelectual; pero ¿eran una aristocracia moral? Hay en la historia de España un momento en que la aristocracia intelectual es también una aristocracia moral: es la época de la revolución. Después, en los tristes días, de corrupción mansa, de la Restauración y de la Regencia, la aristocracia intelectual dejó de ser una aristocracia moral: claudica, se resella. Hoy no es lo peor que no tengamos una aristocracia intelectual. Lo peor es que los más inteligentes no son, por lo común, los que se hallan más dispuestos al austero cumplimiento del deber.

España necesita una aristocracia intelectual; pero necesita todavía más una aristocracia moral. Necesita esclarecer su pensamiento; pero necesita todavía más templar su voluntad. Necesita ciencia; pero necesita todavía más virtud, abnegación, sacrificio.

ALVARO DE ALBORNOZ

## Un hombre de palabra

Hace pocos días falleció en Tarrasa un curandero llamado José Carreras, apodado *el Deu*.

La gente ignorante lo tenía por un profeta, creyendo que cumplía en la tierra una misión divina.

En Abril de 1915 repartió unas ho-

jas en las que, bajo una alegoría de la Santísima Trinidad, anunciaba su muerte para el 15 de Abril de 1922.

Y efectivamente, el día fijado murió.

Al divulgarse la noticia, corrieron á su casa centenares de personas de las que en él creían, lo que produjo alguna alarma.

Fué avisado el juez de instrucción, acudió, y como se notaran en el cadáver síntomas sospechosos, ordenó que fuese trasladado al depósito judicial, donde, practicada la autopsia, declararon los forenses que se había envenenado.

Si todos los que influyen en los destinos de España, antes de contradecir sus afirmaciones imitaran á ese punzonoso curandero, estarían de enhorabuena las funerarias.

¡Porque cuidado si abundan los que cada cinco minutos se ciscan en lo que afirman, sin que desgraciadamente se les ocurra envenenarse á ninguno!

Mi admiración más entusiasta para ese hombre que se suicidó por sostener una afirmación que había hecho.

¡Qué gran cosa que no naciese en esfera social elevada, y alcanzase alto puesto en política para dar ejemplo de seriedad y dignidad, y de valor para suicidarse, á los saltimbanquis que no hacen honor á su palabra ni á sus convicciones.

## El obrero y la cultura

Cuartillas mandadas á una vela

Hay un adagio económico que dice: «Bastiones, tanto vales». E te refirá sería verdadero si estuviera redactado así: «Tanto sabes, tanto vales», ó «Tanto sabes, tanto puedes», que es lo que afirmaba Bacon. Saber es poder. Sabiduría no es sólo conocimiento. Es toda la humanidad que un hombre contiene, realizada y puesta en valor.

«Quien añade ciencia, añade dolor», dice el Eclesiastés. Pero añ de también placer y goce intensos é inmensos. El mayor dolor es ignorar. Vale más tener ojos, aunque sea para ver tristezas, aunque sea para sentir mejor nuestra limitación. Cuanto más penetrantes son nuestros ojos, más amplia es la esfera de visión de las cosas feas; pero es más amplia también la de las bonitas. Sobre todo, es menos horrible el dolor luminoso de ver que el dolor sombrío de estar privado de vista.

Ciencia es conciencia. Si el hombre no se estudiara, acabaría por convertirse en un bruto. En vez de tender á volar, de tender á los cielos, se inclinaria hacia la tierra, adoptaría la línea horizontal, que es la de los animales, la de los muertos. El hombre que sólo hace una vida digestiva y muscular, una vida meramente física, es una verdadera bestia. Por el pensamiento el hombre se engrandeca y se sublima. Por la educación y la cultura adquiere conciencia de su racionalidad y de su humanidad. Y este es el primer beneficio que la ilustración proporciona al obrero.

Pero no es esto sólo. El trabajo embrutecedor, envilece y degrada, es una pena infamante, un agudo suplicio cuando se realiza mecánicamente, cuando no se pone en él gusto, inteligencia y pasión, cuando el fuego sagrado de un ideal no inflama al operario. El animal también trabaja, la máquina también produce. Pero ni uno ni otra son obreros, porque no tienen conciencia de la obra, ni voluntad

de realizarla. Actúan ciegamente, fríamente. Sólo el obrero, el trabajador racional, pone empeño y calor en el producto y graba en éste el sello de su personalidad. Esa conciencia y ese fuego convierten á la máquina y al bruto en hombre y al obrero en artista; en poeta del trabajo, en creador.

Por y con la cultura adquiere, en tercer lugar, el obrero conciencia civil y política. Si los obreros estuvieran instruidos no se llamarían á sí mismos, como es corriente, la clase baja, cuando son por su utilidad la clase alta, el verdadero primer estado de la sociedad. El patrono domina al obrero porque sabe más que él y es, por tanto, más fuerte. Sólo por el desconocimiento de sí mismo, de su valor y de su fuerza, sólo por la ignorancia que el trabajador tiene de sus derechos y de su noble y exelsa condición se comprende que, produciéndolo todo, carezca de todo; que, debiéndoselo todo, todo se le niega. La cultura emancipa al obrero. Lo emancipa uniéndolo á la obra y separándolo de ella. Separándolo de lo material y uniéndolo al alma y al fin social, más que industrial, de la labor. La cultura emancipa también al obrero, desarrollando en él el espíritu de solidaridad con sus compañeros y hermanos de explotación. Así el grito de Marx y de la Internacional «Proletarios de todos los países, uníos», hay que completarlo de este modo: «Proletarios, instruíos». La cultura es la única que emancipa, si la única que hace libre al espíritu. Un esclavo romano de la escuela de Epicteto le decía á su señor, mientras éste lo cargaba de cadenas:

—Pásesle aprisionar mi cuerpo y mis miembros; pero mi alma no podrás impedir que vuele.

Estudiad, pues, si queréis ser libres, hermanos trabajadores. Defendedos con las mismas armas con que os oprimen vuestros amos. Armas de razones y de libros. Id al terreno en que os presentan batalla. Haced sabios. Haced fuertes. Nativos intelectualmente. La letra es el trigo del espíritu. El peor tirano es la ignorancia. Con la cabeza débil no se tiene valor, es imposible el heroísmo. La ciencia da coraje para la vida y para la lucha. Enseña á despreciar los bienes materiales y á estimar los del espíritu. Estudiad. El conocimiento es una fuente de felicidad. El que no tiene necesidades intelectuales es hombre á medias; un estómago funciona en cerebro, no. Estudiad. La cultura hace á los hombres más buenos. Una inteligencia comprensiva inolunda el corazón al perdón y al amor. Cuanto más y mejor se conoce el mundo, la Humanidad y la vida, más se los ama.

ANGEL SAMBLANCAT

## Un muerto humorista

Falleció á los ochenta y nueve años Juan Vergonyos en San Juan de Palamós, dejando en su testamento dispuestos sus funerales.

Al leerlo sus herejeros, decidieron no respetar su última voluntad; pero al llegar al pírrolo en que se declaraba que serían nulos los legados si no la cumplían, se dejaron convencer por este argumento, y decidieron complacer al difunto.

El entierro salió de la casa llevando la caja á hombros los herederos, acompañado de una banda de música tocando La Marsellesa.

Al llegar á la plaza fué depositado el cadáver en el suelo, tocando entonces la orquesta una sardana que todos oyeron descubiertos y bailando algunos.

Después, y á los acordes de un marcial paso doble, se dirigió la comitiva



al cementerio, donde fué inhumado el cadáver al compás de la Marsellesa.

Gran psicólogo era el amigo. Sabía que todo heredero baila de contento cuando nadie lo ve, y sin duda se dijo: «Yo haré que los míos bailen en público, ya que no puedo evitar que hagan piruetas á solas.» Y para tener la completa seguridad de que no se vería burlado, los amenazó con desheredarlos.

Y le obedecieron, como no podía menos de suceder. Si por dinero bailan el perro, el oso y la mona, siendo irracionales, ¿iba á negarse á hacerlo un ser inteligente adornado de un alma inmortal?

Y era a lemas un hombre que amaba al prójimo como á sí mismo, cuando se cuitó de no entristecer á sus convecinos ofreciéndoles el espectáculo desagradable de un entierro en que una marcha fúnebre le recordase á todos que también ellos eran mortales.

Y tenía, en fin, buen gusto en materia musical, como lo demuestra el que eligiese La Marsellesa, un paso doble y una sa'dana para no aburrirse en el trayecto cual les ocurre á todos los difuntos que llevan al lado curas de voz ronca barreado en latín.

Y hasta sospecho que al disponer su entierro en esa forma, se propuso lanzar una nota regocijada en el diario concierto que los periódicos nos ofrecen de guerra, crímenes, descarrilamientos, atropellos, carestía de subsistencias, hambre, prisiones arbitrarias, etcétera, etc.

Y si pensó esto que digo, ya habrá visto que el éxito más completo coronó su buen deseo, pues esa noticia nos ha arrancado á todos una sonrisa; obra de misericordia que sólo á un muerto se le ocurre hoy practicarla.

## ¡Ni en la gloria!

Yo no sé lo que me da cada vez que oigo decir que esto no puede seguir, que por la posta se va.

Se me achica el corazón tales augurios oyendo, y no descanso, temiendo un cambio de situación.

¡Madanzal! ¡Dios no lo quiera! ¿Cuándo estará como ahora la España conservadora y católica y torera?

Para aumentar su cultura y despertar su valor, le da el Circo el matador y le da la Iglesia el cura.

Mas se atiende á la moral, como es justo y necesario, y lava el confesonario toda mancha sensual.

¡Con qué sublime fervor oye el creyente sincero la tarde al misionero, por la noche al cantaor!

Así en el santo ejercicio de la virtud, halla el alma la fortaleza y la calma para combatir el vicio.

Así sin pena ni afán se oye el rumor de la plebe que sibarita se atreve á pedir trabajo y pan.

Así se ve con frescura al audaz que se lamenta de que el impuesto se aumenta y muere la agricultura.

Así, en fin, la estupidéz es cosa que hace reír de quien se deja morir en brazos de la honradez.

Y está muy puesto en razón el obrar de esta manera, y en vano el hambre quisiera despoblar esta nación.

Mientras la impiedad no arrecie, y alegre, lúcido y orondo viva el fraile... yo respondo que no se acaba la especie.

JOSÉ NAKENS

## Las cartas que nos escriben

Una de las cosas que más halagan al que comienza á escribir para el público, es que los lectores le envíen cartas. La primera que se recibe produce cierta emoción y una infantil alegría; hay quien se pavonea con ella y la enseña por todas partes. Sobre todo se procura que el director del periódico se entere de ello, para que se percate de que aquellos escritos tienen quien se fije en ellos.

En los periódicos no reciben cartas más que dos clases de personas: el director y el que á fuerza de tiempo, trabajo y temas que se acomodan á un estado de opinión ha logrado romper la indiferencia del público.

Nosotros, y sentiríamos que se atribuyera á jactancia, hemos sido uno de los periodistas que hemos recibido más cartas. A tal extremo llegó su abundancia, que á veces las respuestas, lacónicas, telegráficas, que dábamos á ellas ocuparon página y media de nuestro diario cuando tenía el formato pequeño. El que lo dude que repase la colección de *El Diluvio* de hace unos diez y seis años ó diez y ocho.

Aquel ambiente de popularidad nos reventaba; nos quitaba un tiempo precioso que perdíamos leyendo majaderías, cartas llenas de chismes y cuentos, de elogios, de denuncias, de receptáculo de odios y verganzas, donde se hablaba de todo y de todos y en las que apenas se podía obtener un grano de algo útil y sustancial. Determiné acabar con aquello, y lo conseguí, no respondiendo á ninguna, y, sobre todo, no leyéndolas siquiera. El aluvión de cartas fué disminuyendo, porque los que los escriben se despepitaban por ver su nombre al pie de un artículo y que el escritor tal ó cual les cite y saque á colada dedicándoles una respuesta. Con esta práctica me ha ido muy bien y la sigo observando; por eso al pie de mis artículos no aparece nunca ninguna respuesta y prefiero hacerlo particularmente. Porque, ¿qué le importa al público lo que á mí me ha dicho Fulano ó Zutano al expectorar una majadería, que suele ser lo más corriente?

Si el público leyera las cartas que solemnemente recibimos los que llevamos años y años en este duro oficio, se admiraría de nuestra paciencia y no le cabría en la cabeza que haya gente que pierda el tiempo y el dinero para enhebrar tales tonterías. Unas veces dicen: «Le felicito á usted por su hermoso artículo del día tal». Otras, «No estoy conforme con lo que dijo usted el lunes», etc., etc. ¿Te gusta el artículo? Pues me alegro, pero cállatelo. ¿No te gusta? Pues aguátate y déjalo para tu coileto. ¿Estaría uno fresco si de todo lo que lee y le gusta ó le disgusta hubiera de ir comunicando su opinión á los autores?

Por lo general, las cartas que recibimos los periodistas contienen peticiones de dinero ó recomendaciones (¡buena parte vienen!), denuncias, calumnias y venganzas ruines y anónimas. Se les figura á estos tipos, tan canallas como cobardes, que porque nos digan que Fulano es un tal ó un cual ó que ha hecho esto ó lo otro, al día siguiente lo vamos á estampar en el diario, deshonrando á un desconocido, inocente por lo general, y exponiéndonos á un proceso por injuria y calumnia, mientras el delator se refriega las manos de gusto allá en su auto desconocido. Por haber obrado con ligereza en esta materia han tenido algunos periodistas serios disgustos.

¡Ah! También existe entre nosotros el tipo ridículo de los que se escriben cartas á sí mismos para darse postín y las publican muy orondos, siendo la risa de los perros viejos en el oficio, que olfatean estas cosas á mil leguas. Y nada digamos de los que remiten originales para que se publiquen valiéndose de la mediación de tal ó cual escritor, ignorando que esto sólo puede hacerlo el director.

¿Cuánto tiempo perdido y cuánta majadería inútil...

FRAY GERUNDIO

De *El Diluvio*

## Confieso mi fracaso

Un niño de ocho años fué el sábado último á la iglesia de Horta (Barcelona) con objeto de confesarse.

Hizo algo que no le agradó á un ministro del Señor, y cogiéndolo por los cabellos, casi lo levantó en vilo.

La abuela protestó de aquella feroz presbiteriada, y el cura le dirigió tales insultos y palabras groseras, que ya las hubieran querido para lucirse una docena de carreteros borrachos.

Y esto en la casa de Dios, y en las propias barbas de los santos que presenciaban impávidos la escena desde los altares!

Si es en despoblado, posible es que el niño estuviese á estas fechas gozando de la bienaventuranza eterna, y la abuela desencuadrada en una cama del hospital.

Cada caso de estos me convence más y más de que he fracasado completamente en mi empeño de regenerar al clero.

Aunque tarde, comprendo que aspiraba á realizar un imposible, y eso que he rezado á menudo á Santa Rita, especialista en milagros de esta clase. Y como si no.



Esa santa debe ser muy lista. Comprendería que iba a fracasar conmigo si me prestaba ayuda en este *retemible* empeño, y no quiso exponerse a perder su fama.

Hasta los santos se preocupan ya de sí mismos.

## El hambre de don Severo

Venía rendido y mal impresionado: el juicio había sido largo, pesado, triste, a ratos tótrico. Un desfile interminable de testigos—algunos falsos, estaba seguro—y otro desfile de reos, casi todos culpables; no había duda.

Entró en su casa, saludo con unos buenos días de pocos amigos a la criada, preguntó a los chicos habían llegado del colegio y se colocó en el despacho.

Sentado en cómodo sillón, don Severo comenzó a representarse el juicio de aquella mañana. Era una obsesión molesta, insuperable: su imaginación, aguzada por la fatiga misma, le hacía ver al vivo, con los colores propios de una realidad exaltada, todo el cuadro...

Don Severo, hombre integérrimo, más gistro de incorruptible, sentía una indignación sincera contra aquella ristra de procesados pe-ligrosísimos, que habían robado una noche cierta panadería, é intentado otros desma-nes. La voz asensadora del fiscal de S. M.—una voz chillona, atiplada, fría é implacable—sonaba en sus oídos como la voz de la conciencia.

¡Eran culpables! El Jurado lo reconocería...

—¡A comer, a comer, papá!, gritaron sus hijos invadiendo el despacho.

—Unos momentos aún, Severo, y comeremos; dijo su mujer, que venía con los niños.

Don Severo la miró con tristesa angustiosa y luego miró a los pequeños.

—Pero, hombre, ¿qué te pasa?

—Nada, nada! Pensaba ahora en qué va a ser de vosotros el día que yo me muera; porque yo puedo moriré cualquier día: ¿qué será de estas criaturas!

—¿Quién piensa en eso, Severo?

—¡Fútil! ¡Superficial! ¡Imprevisor! ¡No has calculado que si yo falto me llevo la llave de la despensa? ¡Y que harás tú sin la nómina y con seis chanchambelas!

A veces te pones insuperable; no hay quien te resista...

—Y tú jamás te figuras el mañana posible.

—Fío en la Providencia...

Don Severo quiso decir algo acerca de esta señora, pero se contuvo. Levantóse del sillón y comenzó a pasear. De vez en cuando cogía un niño y lo besaba emocionado. Allí adentro, muy adentro, en la raíz de su ser, se preguntaba si hacía bien en ser justiciero é inabordable; si no hubiera sido más sensato hacer lo que tantos otros para subir, y subir, y medrar y asegurar en mayor escala el porvenir de aquellos pedazos del alma...

—Probablemente soy un orgulloso tonto.

La idea le produjo frío, un frío glacial, y como si la culpable de tan impuros pensamientos fuese su mujer, se volvió hacia ella y con aire de fiera que se domina, la dijo:

—Pero ¿en esta casa no se come? ¡Siempre lo mismo! Aquí no hay orden ni concierto... ¡Escucha! ¿quién ha tocado en mi mesa? Sobre este libro había un papel... no valía nada, pero ¿dónde está? Quiero saber donde está... Además, observo que la pluma está rota: no le gana para plumas... Ya lo sé: habrán sido los chicos; pero ¿no sabes educarlos? ¿Por qué no cuidas!...

Afortunadamente, el chaparrón de preguntas fué interrumpido por la criada, que anunció la comida. Don Severo, con aire triunfador, dejó el despacho y se sentó a la mesa, triste y malhumorado.

Sólo se oían los chocques de las cucharas contra los platos.

Don Severo tomaba la sopa: a la tercer cu-

charada del caldo saculento—tenía sus trocitos de jamón—siseó subir desde el fondo íntimo del estómago algo así como una oleada de calorillo vital, dulce y suave, que con rapidez eléctrica le undió todo su cuerpo, se extendió por las cavidades mismas del cerebro, fundiendo en su espíritu las negruras todas.

Significó comiendo: se sentía otro hombre; el comedor le pareció más claro; la alegría, una alegría pura y franca, que quería manifestarse, iba apoderándose de su alma. ¿Qué ridículo le parecía lo del papel y lo de la pluma!

Por fin hizo una caricia a un niño, luego a otro, después miró a la mujer con ojos serenos y cariñosos...

—¿Estás mejor? le dijo ésta. Todo aquello, ya me lo parecía a mí, era debilidad.

—Más claro, hija, y perdona; era hambre ¿verdad? ¡hambre!

—Y el hambre, Severo, es muy mala compañera y peor consejera.

—Es verdad, es verdad...

Y Don Severo, sin dejar de comer su buen cocido y lo demás que vino, recordaba, pero como un sueño lejano que apenas impresionaba, el juicio. Momentos hubo en que lo olvidó por completo.

Pero, de repente, cuando al abandonar la mesa se dio cuenta de que antes de una hora tenía que volver a su Audiencia a vestir la toga y sentarse en el sillón aquel, sintió un terror inexplicable. El juicio surgió de nuevo en su mente, pero la imaginación se lo hacía ver de otra manera.

No era posible negarlo, estaba patente, bastaba mirarlos con su aire pesado y siniestro. Aquellos reos, ladrones sin duda, ladrones de pan, pero ladrones, tenían toda cara de hambrientos, eran la personificación misma del hambre.

—¡Horrible! ¡horrible! se decía Don Severo el hambre es una cosa horrible. Yo mismo acabo de experimentarlo: hace una hora todo lo veía negro, muy negro; estaba irascible, tremendo, verdaderamente estúpido... hasta me parecía verosímil verme si hubiera hambre me comprase con sólo imaginarle el hambre hipotética de mi mujer y de mis hijos... Y ahora que he comido, todo me parece bien, la pluma rota por el chico me hace gracia, la desaparición del papel me divierte, y el sol brilla con más fuerza, eso no me cabe duda.

Y Don Severo abandonó la casa, se marchó al tribunal, animado como siempre del mejor espíritu, deseoso como siempre de que la justicia triunfara, pero sin poder dejar de oír la voz de su amable mujer que le decía:

—El hambre, Severo, es muy mala compañera y peor consejera.

ADOLFO POSADA

## Quien no te conozca...

Un cura de los pocos que creen de buena fe las supersticiones que propagan, empleaba para mover la noria de su huerto un magnífico mulo.

Varios estudiantes resolvieron quitárselo aprovechándose de su fanatismo, y al efecto convinieron en que uno de ellos sustituyese al animal mientras los otros se lo llevaban, manifestando después al cura que el mulo era un alma que, cumplida la pena de ejercer de cuadrúpedo, había recobrado la figura humana.

Llegaron a la noria, desengancharon el mulo, y uncieron al escolar designado, con orden de mover las campanillas en tanto que los otros se llevaban la caballería.

Transcurrido el tiempo que juzgó preciso para que sus colegas estuvie-

ran en salvo, cesó el campanileo, y es-tó atrajo al cura.

—¡En el nombre de Dios, hermano, dijo el estudiante, os ruego que no me toquéis si no queréis incurrir en la cólera divina! Soy un alma del otro mundo que por mis muchos pecados me condenó el Señor a vivir cinco años bajo las apariencias de mulo. Cumplo mi castigo, y he recobrado la forma humana por breves horas, para ir a excitar á penitencia á mis compañeros de aula y después volver á la presencia del Señor.

—¡Anda con Dios, alma perversa, que buenas onzas me haces perder!

Y desunició al estudiante, poniéndole en libertad, siendo excusado decir que corrió á unirse con sus compañeros, que habían vendido ya la caballería.

Como necesitaba indispensablemente sustituir el mulo redimido, se encaminó el cura al mercado de la ciudad, y la primer cabalgadura que le presentaron fué la suya. Quedóse mirándola de hito en hito, hasta que por fin exclamó:

—¿Estás aquí otra vez, recondenado? Pues quien no te conozca que te compre.

De aquí viene esa frase tan repetida.

## AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

A. Escudero, Barcelona, 2 pesetas. Pedro Carballo, Valencia de Alcántara, 5; L. Poz, Alcañiz, 2.

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Baracaldo.—Segundo García. Abonada su suscripción á fin Junio 1922.

Idem.—Juan Ayestaran. Id. á fin Junio 1922.

Ayora.—Ricardo Hernández. Id. á fin Octubre 1923.

Alcañiz.—L. Poz. Id. á fin Marzo 1923.

Peñafiel.—Luis Vargas. Id. á fin Marzo 1923.

Idem.—Eduardo Muñoz. Id. á fin Marzo 1923.

Idem.—Pedro Sánchez. Id. á fin Marzo 1923.

Idem.—Antonio Riejos. Id. á fin Marzo 1923.

Idem.—Andrés Bello. Id. á fin Marzo 1923.

Torrijos.—Nicanor Gómez. Id. á fin Junio 1922.

Pamplona.—Braulio Paz. Id. á fin Octubre 1922.

Parga.—Leonardo Suarez. Id. á fin Enero 1923.

Neda.—Manuel Gómez. Id. á fin Junio 1923.

Ronda.—Viuda de Lara. Recibido su Giro de 1.85 pesetas. C.firme.

Campillo. S. Martí. Id. de 5 á su cuenta.

Segorbe.—Rafael Pérez. Id. de 47,50. Conf. rme. Paso cuenta.

Málaga.—Miguel Torres. Id. de 13,50. Conforme.

Alcoy.—Justo Llácer. Id. de 20,40. á cuenta.

La Felguera.—Fernando Velasco. Idem de 25 á cuenta.

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla, 2.—Madrid.